

El carro siciliano

por Leoluca Orlando

Presidente de la Asociación “Instituto para el Renacimiento siciliano”

“La cultura de la legalidad” parece ser un juego de palabras, de palabras que expresan realidades distintas: redonda y cálida la primera, fría y cuadrada la segunda. Un juego de palabras que asombra. Es la opción prioritaria en 2002 de la Organización de las Naciones Unidas en materia de prevención del crimen en el mundo para el próximo cuatrienio. Pero el asombro debe continuar. La ONU señala el renacimiento de Palermo como modelo y símbolo para el fomento de la cultura de la legalidad en los cinco continentes.

¿Qué ha sucedido en Palermo y en Sicilia en general en los últimos años del siglo y del milenio pasados?

Los ciudadanos se han esforzado en contrarrestar un fenómeno violento y bárbaro como la mafia sin transformarse ellos mismos en violentos y bárbaros.

Desde el NO a la pena de muerte hasta el hecho de haber otorgado la ciudadanía honorífica a los condenados a dicha pena (condenados de cualquier país y por cualquier motivo: ¡nadie puede matar, ni siquiera un Estado!), hasta la concesión de dicha ciudadanía al 14º Dalai Lama, el concierto de solidaridad con el pueblo Kurdo oprimido y de nuevo la ciudadanía honorífica a David Trimble y John Hulme, ambos Premio Nobel de la Paz, así como la reapertura del Teatro Massimo y la construcción de decenas de escuelas, a la vez que la restauración del inmenso, bellissimo y durante tantos años abandonado centro histórico, lejos de ser episodios de protagonismo de una administración periférica, respondían – como piezas de un mosaico – a un proyecto cultural preciso y armónico.

Nuestra experiencia se ha revelado como teoría y modelo, y no sólo como experiencia vital y precaria hecha de parados que piden trabajo protestando desde los tejados de los edificios del poder, de contenedores de basura volcados por los manifestantes, de un tráfico automovilístico bloqueado por los atascos y de continuas exhortaciones a triunfar (esperemos que salga airoso; de lo contrario, “agghiurnò... ora speriamo ca scura, como decimos en siciliano, es decir, “hemos visto el alba, esperamos llegar hasta la noche”).

Esa experiencia hoy da vueltas por el mundo. Sobre la base de la misma ha nacido una Fundación – The Sicilian Renaissance Institute – que promueve el liderazgo positivo del dúo democracia-legalidad.

Si es cierto que hay una relación entre democracia y paz, es también cierto que la paz es demasiado importante como para confiársela sólo a los militares. Palermo recuerda que hay una relación entre democracia y legalidad, pero que la legalidad es demasiado importante como para confiársela a los policías y a los fiscales.

Es el modelo del carro siciliano, el tradicional carro con dos ruedas, la de la cultura y la de la legalidad.

Dos ruedas que deben rodar a la misma velocidad, de otro modo el carro no va hacia delante, sino que gira sobre sí mismo. Si no gira nada más que la rueda de la legalidad sin que gire la rueda de la cultura, existe el riesgo de que los ciudadanos digan que “se estaba mejor cuando se estaba peor”.

Si no gira nada más que la rueda de la cultura sin que gire la rueda de la legalidad, existe el riesgo de que se organice un buen concierto de música siciliana en honor de algún capo mafioso.

En los comienzos de mi actividad de alcalde (en la segunda mitad de los años ochenta), yo parecía – y como yo muchos alcaldes de otras ciudades sicilianas – un policía, un fiscal: hablaba casi siempre de delitos y procesos. El carro estaba detenido, las dos ruedas estaban paradas e inmersas en la ciénaga del miedo y de la complicidad. Era necesario comenzar, hacer andar el carro de cualquier forma.

Gracias al empeño y al coraje de policías y jueces, la rueda de la legalidad ha arrancado por fin y yo he podido ocuparme de la otra rueda, controlando con los dos ojos que las dos ruedas anduviesen a la misma velocidad.

Y así ha sido, las dos ruedas han girado a la misma velocidad y Palermo, de obstáculo, se ha convertido en recurso; de vergüenza, se ha hecho modelo.

A mediados de los años ochenta había en Palermo entre 240 y 250 homicidios anuales de la mafia, cada año y sólo Palermo. En 2000 hubo en Palermo 8 homicidios, ninguno relacionado con la mafia. A mediados de los años ochenta en Palermo se decía que había democracia y mercado libre. ¿Pero qué democracia, qué mercado libre, si toda la economía estaba controlada por los mafiosos y cada palermitano tenía un pariente o un amigo asesinado por la mafia porque estaba en contra o porque estaba dentro de la organización criminal?!

En 2000 en Palermo se puede hablar de democracia y de mercado libre: la democracia en Palermo vive la esperanza y los males – que no son lamentablemente pocos – de la totalidad de la política italiana, y es posible en Palermo vivir, trabajar, montar negocios sin chocarse con la mafia.

En los inicios de mi actividad como alcalde, la Administración municipal no tenía un presupuesto regular ni un inventario de los bienes de pública propiedad; en 2000 la Administración municipal de Palermo obtuvo de Moody's el puesto Aa3 en el informe de confianza de los mercados financieros internacionales, como las administraciones de Estocolmo, Boston, San Francisco, mejor que el de ciudades como Nueva York, Chicago, por no hablar de Roma, Milán y Turín.

¿Estoy diciendo que la mafia no existe ya en Palermo? ¡¡¡NO!!!

La mafia existe, también en Palermo.

Pero la mafia ya no controla como en el pasado la cabeza y la cartera de los palermitanos. Pero la mafia existe. La mafia, esa nueva y vencedora, intenta siempre controlar cabeza y cartera, no ya invocando y tergiversando valores tradicionales de la cultura como el honor y la familia, sino invocando y tergiversando la libertad y el éxito, valores emergentes de la cultura italiana. Y es así que en Palermo conviven una vieja mafia, ya debilitada, y una mafia emergente, nueva.

Existe el riesgo de que a la vieja mafia, aquella ligada a la política de la denominada “primera República” y que hubiera tenido que ser barrida por el eclosión de la cuestión moral en los años noventa, se añada hoy una nueva mafia, la que intenta establecer relaciones con la política de la denominada “segunda República”. La Mafia de la primera República ligada a las extorsiones de la economía de las rentas; la Mafia de la segunda República ligada a las extorsiones de la economía de los beneficios.

Hoy en día la experiencia vivida en Palermo en los años noventa se convierte en modelo y supera los límites de la realidad condicionada por la mafia.

La mafia en el pasado tenía un origen; y este origen coincidía con la mafia siciliana. La mafia era la mafia siciliana – la mafia era Sicilia, Sicilia era la mafia.

Con el tiempo se ha difundido la conciencia de que la mafia siciliana es un tipo; la rusa otra, la china otra más, la colombiana otra...

Hoy, reflexionando sobre las distintas mafias del mundo, podemos afirmar que el origen no es la mafia, sino aquello que se llama “ilegalidad identificadora”, una ilegalidad que se relaciona con la identidad.

Si somos agredidos por un ladrón que quiere quitarnos el dinero, basta con llamar a la policía, a la magistratura. Pero si somos agredidos por un ladrón que quiere quitarnos el dinero invocando el orgullo corso, la identidad vasca, las enseñanzas del profeta Mahoma o las palabras de Jesucristo o de Jehová, no basta con llamar a la policía o a la magistratura, se necesita la segunda rueda del carro siciliano, la rueda de la cultura.

Es decir, la escuela, el mundo de la información, los hombres de religión, la sociedad civil.

Y gira – en referencia a cada violación de los derechos humanos a manos de bandidos y terroristas de cualquier identidad cultural – la rueda de la cultura, esa rueda que en Palermo ha contribuido a liberar la cabeza de los ciudadanos de la hegemonía de la mafia.

Cultura – está al fin claro – es música, es danza, pero es, en primer lugar, la conciencia de la identidad individual y comunitaria y su relación con el respeto al ser humano, a cualquier ser humano.

Toda identidad cultural está expuesta al riesgo de anquilosar al ser humano, los derechos fundamentales de cada persona. Es el fenómeno, la teoría que, partiendo del célebre libro de Salman Rushdie y de la experiencia del renacimiento de Palermo, llamo “de los versos satánicos”.

Cuando un valor, un rasgo cultural, viene a usarse para acabar con los derechos humanos, ese valor, ese rasgo, se convierte en un verso satánico. Así es como el honor y la familia han sido utilizados por la mafia como versos satánicos, para matar, para robar, en nombre del honor, en nombre de la familia.

De este modo, el orgullo vasco, el católico-irlandés, el corso, han sido utilizados por el terrorismo vasco, católico-irlandés, corso, como versos satánicos para matar, para robar, en nombre de ese mismo orgullo.

Así el respeto a la ley por parte del pueblo alemán fue utilizado por el nazismo para obtener su obediencia a las leyes raciales, justo en el nombre de ese tradicional respeto a las leyes.

De este modo, la libertad, la seguridad, el bienestar, pueden ser utilizados como versos satánicos cuando son invocados para matar, para robar, para violar los derechos de los seres humanos.

Es la experiencia de Palermo la que dice todo esto.

Y nosotros los sicilianos tenemos una gran experiencia de la que no podemos enorgullecernos. En efecto, George Bernard Shaw nos recordaba que la experiencia es el nombre que damos a nuestros errores. Y nosotros los sicilianos tenemos una gran experiencia porque hemos cometido muchos y grandes errores.

La Mafia sigue existiendo: violenta y debilitada, la que utiliza el honor, la familia y la amistad como versos satánicos; seductora y rampante, la que utiliza la libertad, el éxito y el bienestar como sus versos satánicos.

Si bien igualmente peligrosas, se puede resistir a ambas: ésta es la lección que llega desde Sicilia.

Con las dos ruedas del carro siciliano, con el respeto a la ley y a la identidad, con la cultura de la legalidad nacida en Sicilia entre dolor y el miedo, la rabia y la esperanza, es posible resistir a todas las mafias en todas las partes del mundo, así como a todas las manifestaciones de “ilegalidad identificadora”.

Esta lección, que el Consejo económico y social de las Naciones Unidas ha adoptado y hecho propia, se ha afirmado como opción estratégica para la prevención del crimen en todo el mundo.

Esta lección necesita ser continuamente renovada y sustentada para evitar extorsiones de la economía, la especulación salvaje y el capitalismo sin reglas, el aislamiento y el anquilosamiento del estamento judicial y la pérdida del sentido de la responsabilidad.

Todas las consecuencias que podría acarrear, y no sólo en Sicilia, una horrorosa vuelta a la época de los estragos.